

UN CURSO EN EL CHOE DE PADRÓN

AUTOR: ÁNGEL ASENSIO ABUJA

Acababan de empezar los años 50 del siglo XX y un día más el "Changai" a Vigo y La Coruña parecía haber perdido todas sus fuerzas, ya no podía más, llevaba casi un día de recorrido lleno de traqueteos y aún no había completado su viaje.

El Pinfano mantenía la boca abierta entre bostezos y admiración, era la primera vez en su vida que veía el mar, en su tierra, el mar se disfrazaba de espigas y tierra parda, los oteros, cerros, alcores, tesos, ocupaban el lugar de los grandes barcos.

Desde que conoció su admisión en el CHOE de Padrón, su cabeza no había dejado de dar vueltas, todo eran preguntas:

¿Como sería el colegio?

¿Bonito?

¿Grande?

¿Qué comida le darían?

¿Los compañeros como le recibirían?

Por fin el tren entre quejidos de sus achacosos hierros, paró. El letrero de la Estación lucía el nombre de Padrón colgado de la airosa celosía.

No había mucha gente esperándola tren, el andén se fue llenando de viejas maletas de madera con cierres herrumbrosos, pesadas como el mercurio, difíciles de manejar por muchachos de corta edad que oscilaba entre 7 y 9 años.

Habían transcurrido entre 15-20 horas desde que salimos de nuestra ciudad de origen, estábamos hechos polvo, nuestros ojos llenos de carbonilla, a pesar a las advertencias que nos daban nuestras madres,

¡No te asomes!

¡Ten cuidado con la carbonilla!

Pero que más daba, nos encaminábamos a empezar un nuevo curso, allí, donde nos habían dicho que las meigas y tragos gobernaban los destinos y que había que tenerlas en cuenta.

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

La considerable distancia hasta el Colegio, las pesadas maletas, las fuerzas ya escasas, la temprana edad, todo ello componía una sinfonía de incomodidad.

Pasar el puente sobre el Sar, bajo la imponente silueta del Convento de los Dominicos, encaminar la carretera hacia Ribeira y aparecía el Caserón del CHOE.

La entrada recoleta, aseada y ordenada con la pequeña imagen de la Inmaculada contribuía a serenar el ánimo.

Estábamos allí para los próximos nueve meses, eso, yendo bien las cosas, que se podrían alargar hasta doce y empalmar con el siguiente curso, con mala suerte y si en casa no hubiera recursos para mantenerte durante el verano, el viaje no constituía el problema, contábamos con el pasaporte del Patronato.

Una vez dentro del Colegio las blancas cornetas de las monjas que salían a recibirte, sus azules hábitos, todo resultaba impresionante.

Después del momento triste de las despedidas empezaba la inmersión en el internado.

Te adjudicaban un número y el nombre y el apellido pasaban a un segundo término, ya eras el 71 o el 18, el que te correspondiera, tus nuevas ropas te lo recordaban continuamente, la situación de la cama también contribuía a ello, respondía al orden numérico.

Comenzaba el discurrir de los días con los ¡Viva Jesús! al despertar.

La Misa en aquella Capilla tan recoleta, las casullas del cura con su variación de color según la Liturgia del año, rojo, morado, verde, amarillo sin olvidar el azul celeste del Día de la Inmaculada.

Luego el desayuno, el Montañas Nevadas, Gibraltar, las clases.

Cuando los PINFANOS bajaban al recreo, se notaba, ya lo creo que se notaba. Partidos de fútbol, pídola, el clavo, cualquier juego era un festival.

Los jalones del curso estaban muy marcados: el Domund a recorrer Padrón con la hucha del chinito, o negrito... la que te correspondía, sin olvidar nuestra contribución que fijaban las Monjas en función de las pesetas de que disponíamos y que ellas nos guardaban en aquellas cajas de madera que tenían algo de misteriosas.

La Inmaculada, el día que comíamos pollo y patatas fritas, como correspondía a una gran solemnidad.

XIII DP 2016
CONCURSO DE RELATOS

Nochebuena, cuando nos acostábamos el 24 de Diciembre a las 8 de la tarde y nos volvíamos a levantar a las once y pico para estar dispuestos para la Misa del Gallo, luego cantar los Villancicos de rigor junto al Nacimiento e incluso catar algún trocito de Turrón.

Los Reyes, cuando esperaban en nuestros pupitres los modestos regalos que nos habían dejado Sus Majestades ¡que momentos más jubilosos!

La Cuaresma, ya no era tan alegre, todo lo contrario, aquellos grandes paños morados que tapaban las imágenes, los interminables Vía Crucis con sus "flectamus genua", las visitas para los Oficios Cuaresmales en esa época al Convento de los Dominicos de interminables y empinadas escaleras, todo muy lúgubre.

También eran duras las escaleras que nos llevaban al Santiaguillo pero las subíamos con un ánimo muy distinto, más alegre, íbamos a gozar de aquel paraje granítico en el que la leyenda decía que el caballo del Apóstol Santiago dejó las marcas de sus cascos.

Enseguida llegaba Pascua Florida y las Fiestas de Padrón, podíamos salir al Ferial, sito en el Espolón, custodiado por Rosalía de Castro y gastar las escasas "perras" que podíamos disponer.

El año corría como el viento y empezábamos a probarnos las "marineras" y el calzado para ir a Pontevedra, a los exámenes de fin de curso, en aquellos rudos camiones del Ejército. "Examinarnos por libre" y jugarnos así el curso a una carta y de ella dependía el confort de las vacaciones de verano.

Pero que más daba...

Habíamos sobrevivido a un curso más en el CHOE, fortaleciendo nuestra amistad más bien nuestra hermandad, y eso, no nos lo podía quitar nadie.

Y al año siguiente, vuelta a empezar, otro curso, tal vez otro Internado, la Inmaculada, El Bajo, El Alto, el Santiago de Valladolid...

Al cabo de los años convivimos minuto a minuto, compartimos alegrías y penas y hemos acrisolado el orgullo de ser PINFANOS que comenzó en Padrón.